

DONDE
se
ACABE
el
CIELO

NATALIA BROWN



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, octubre 2024

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19939-55-5

Depósito Legal: CS 600-2024

© del texto, Natalia Brown

© de la cubierta, Borja Puig

© de la foto de cubierta, shutterstock

Corrección, Carol RZ

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para esas personas que alguna vez tuvieron el corazón roto y se volvieron a enamorar; el amor es infinito como el que hay dentro de esta historia.

PRÓLOGO

No tenemos tiempo. No el suficiente. Desde que abrimos los ojos por primera vez hasta que los cerramos por última, estamos condenados a una fecha, a un límite de tiempo que caduca alguna vez en nuestras vidas. Me hace gracia pensar en las veces que nos hemos sentido invencibles a su paso, que hemos sentido que no somos sus víctimas, que no pertenecemos a la ecuación de la que está compuesta el tiempo.

Nunca tenemos las horas suficientes para hacer todo lo que queremos, para amar todo lo que deseamos, para demostrar al mundo en algún punto de nuestra vida la razón por la que estamos. Y qué rabia.

Supongo que en muchas ocasiones decidimos poner el contador a cero y pensar que esta es la buena, que lo haremos bien de una vez por todas. Yo lo he hecho en muchas ocasiones. Hasta que me aseguré de que aquella sería la última.

En ocasiones, he llegado a pensar que el tiempo siempre nos ha engañado o manipulado. Y a mí, tan inquieta como siempre, me obsesionaba la idea de poder encontrar el sentido a lo limitado, lo imposible de sobrepasar.

¿Quién lo controla todo? ¿Es alguien? ¿Algo que no se puede ni siquiera ver?

Yo soy Alex. Y esta es mi historia. Es una historia que espero que lleves siempre en el corazón, que cuando acabes la última página, desees volver a la primera solo para recordar una vez más cómo empezó todo. Ahora, mi historia es tuya. Disfrútala. Vívela. Y sobre todo aprende. Aprende de pintura, de constelaciones, del tiempo, del miedo, pero sobre todo de lo que siempre está a pesar de todo: el amor.

CAPÍTULO 0

Dopo d'amore Después del amor

Antes del amor, puedes ser muchas cosas. Puedes ser quien más alto grita en un lugar al aire libre mientras las carcajadas de la persona que está contigo se cuelan en tus oídos formando una sintonía que se convertirá en tu preferida. Antes del amor puedes enloquecer con una mirada a lo lejos sin despegar los labios, se te pueden poner los pelos de punta con un solo tacto de la yema perfecta en el lugar de tu cuerpo donde llevas tatuados secretos que nadie conoce.

Antes del amor, uno es feliz, loco, libre. Pero ¿qué pasa cuando se acaba? Cuando tus emociones dependen de ese después, cuando la sintonía se vuelve fina como un hilo. Y hay un silencio tras esa ausencia. Después del amor.

Un día se lo pregunté a él.

—¿Qué crees que pasa después?

—¿Después de qué?

—Cuando se acabe todo esto, cuando se acabe el amor.

—¿Por qué se tiene que acabar?

Me encogí de hombros.

—Eres la persona más optimista que conozco, ¿por qué piensas eso? ¿Te refieres a nosotros?

De repente, se me pusieron los ojos brillantes.

—¿Alex?

Desvié la mirada hacia la ventana. El cristal estaba húmedo. La habitación olía a nosotros, ese aroma que dejan escapar dos personas cuando sienten tanto por dentro que lo demuestran también por fuera. Y después lo volví a mirar, tendido en la cama,

con el torso desnudo y posiblemente el rastro de mis labios en su piel.

—En realidad, sé la respuesta.

—Ah, ¿sí?

Asentí. Él se incorporó un poco y alzó la barbilla. Los rayos de sol incidían en su rostro y las sombras construían constelaciones en su piel.

—Después del amor... hay que seguir amando.

CAPÍTULO 1

Bella Lierna Bonita Lierna

Lierna era bonita. Fresca. Pequeña. Única. Lierna era muy verde y azul. E italiana. Y se encontraba en la región de Lombardía, hacia el norte del país.

Cuando era muy joven, mis padres me llevaron un verano para visitar la casa de la abuela después de que muriera. Tenía catorce años y, aunque fue una visita triste al pueblo, me enamoré de él. De cada calle, de las casas, del lago, de los colores y de la gente. Pero, a pesar de eso, nunca imaginé que acabaría viviendo allí años después de aquella inesperada visita.

—Es un pueblo pequeño, no hay nada —decía Catalina, mi hermana mayor.

¿Por qué lo pequeño tiende a ser insignificante para muchas personas?

Mi familia era de Milán, donde crecí y viví gran parte de mi vida. Y sí, estábamos acostumbrados a lo grande, al ruido intenso, a las calles llenas de gente, pero hasta que no visité aquel pueblo bañado por un hermoso lago, no me di cuenta de lo mucho que deseaba vivir en un lugar como ese en unos años.

Italia era un país grande, pero estaba lleno de pequeños pueblos pintorescos tanto en el interior como en la costa. Por no hablar de los lagos. Lierna era pequeña, con una extensión de once kilómetros cuadrados, y estaba a orillas del lago Como. Esos colores, ese azul mezclado con el verde de los árboles y las explanadas extensas de hierba era precioso, era mágico. Por eso era conocida como «la pequeña perla del lago Como».

Desde pequeña siempre me he detenido a observar los detalles en las cosas más pequeñas o lo que la gente veía insignificante. Era la pesada que tiraba del brazo de mi madre por la calle para que se detuviera al mismo tiempo que yo a observar una mariposa o un escaparate lleno de televisiones mostrando la misma imagen. Me paraba a acariciar a los perros que veía por la calle y me enfadaba cuando mi padre me interrumpía en los momentos en los que me quedaba embobada mirando las nubes del cielo. También me encantaba fijarme en la vestimenta con clase de la mujer con la que nos cruzábamos todos los días a la misma hora para ir al colegio o en el color de las hojas de un mismo árbol con el paso de las estaciones.

La mayoría de las cosas son cuestión de conexión. Las personas, las aficiones, los gustos... La vida. Yo siempre he creído que desde pequeña tenía una conexión especial con la vida y el sentido de todo.

«¿Cuál es ese sentido?», me pregunté una vez. Y no supe contestar. Supuse que el sentido era el mismísimo placer de quedarme de pie embobada frente a un escaparate, por ejemplo.

Sin embargo, con el paso del tiempo comprobé que eso iba cambiando, que a la vez que vamos creciendo el sentido que le damos a la vida también. Por eso, cada día le daba una razón diferente. Y llegué a la conclusión de que, si llegase un día en que no tuviera más razones o sentidos que darme a mí misma, tendría un problema.

¿Llegó ese día? Claro que llegó. Y entonces todo se volvió negro.

Mis padres me llamaron Alessandra cuando nací, pero todo el mundo me llamaba Alex. Siempre he sido la típica chica que llamaba la atención, con la que todo el mundo se llevaba bien, la chica popular del instituto, influenciable y buena con la gente, destacable; me gustaba gustar y que la gente me conociese.

Sin embargo, ya nada quedaba de esa versión de mí cuando me mudé a Lierna. En el momento en que me marché de la universidad, fue cuando acabé con mi novio, con mi familia y todo lo que tenía en Milán. Lo dejé atrás.

Nada me quedaba ya en mi antigua ciudad. O a lo mejor era todo. No lo sabía bien.

Pasaron tantas cosas de repente que el primer lugar en el que pensé fue Lierna. Puede que me escondiera allí de todo o que huyese, pero en ese momento fui una chica con el corazón hecho trizas que preparó las maletas y se mudó a la antigua casa de su abuela sin decirle nada a nadie. Fue un momento intenso, doloroso, pero el dolor también se seca como las flores.

Aquella casa era como un paraíso aislado de la gente y del ruido donde reinaban el campo, los árboles y el agua. Era justo lo que yo necesitaba por aquel entonces.

Siempre me he considerado una chica de ciudad, de hecho, mis planes de futuro eran mudarme a una ciudad grande y ser dueña de un apartamento céntrico compartido con mi mejor amiga, vestir de marca, llevar tacones todos los días, un bolso distinto cada semana... Nada más lejos de la realidad, pues todos los días caminaba descalza por casa y vestía con los mismos cuatro vestidos de flores.

Me propuse empezar de cero. Yo sola. Sin nadie alrededor que me conociese. Sin presión. Sin que me hicieran daño, más del que me habían hecho antes de irme de Milán. Sí, esa fue la razón por la que me marché, porque un día por la mañana me desperté y no sabía que me iba a acostar esa misma noche con el corazón roto. Me sentí como una muñeca de trapo débil y manipulada.

Nadie merece ser lastimado, y menos por alguien ajeno a ti, pero ¿qué pasa cuando se trata de ti mismo, cuando tú eres el veneno y el antídoto a la vez?

Algunas veces tienes que dejar algo atrás, da igual de lo que se trate, da igual lo mucho que te duela o lo quieras: debes hacerlo. Porque, a veces, esa es la mejor solución. Por eso comencé una nueva vida mudándome a un precioso y pintoresco pueblo en el

que los pájaros cantaban por las mañanas y el agua del lago chocaba contra las rocas, emitiendo un sonido placentero.

Y también fue donde lo encontré a él.

CAPÍTULO 2

La ragazza di prima *La chica de antes*

Es un poco difícil que en un pueblo tan pequeño como Lierna —de poco más de dos mil habitantes— los días no fueran muy diferentes, pero yo hacía —o, más bien, me proponía— que cada día fuera distinto al anterior.

Me levantaba a las ocho de la mañana, a veces antes para contemplar el amanecer desde la ventana de la cocina mientras tomaba una taza de café o agua con limón. Tiramisú, mi gato, me miraba recién despierto mientras se enrollaba entre mis piernas y a veces se subía al alféizar de la ventana donde me sentaba yo. Los discos ochenteros de vinilo tampoco faltaban en ese momento del día.

Todos los amaneceres podrían ser iguales, pero ¿acaso lo son? Cada día amanece de una manera diferente, con un color más o menos parecido al de la mañana anterior, con nubes o sin ellas. Si te pones a pensar, es fácil encontrar diferencias en los días. En las cosas pequeñas, por supuesto. O, a veces, son tan grandes que no nos damos cuenta.

Me encantaba comenzar el día de aquella manera, como si el despertar del sol me diera los buenos días, como si me saludase vestido de naranja o rosa y me sonriera desde allá donde estuviese.

Después de desayunar, me duchaba y me vestía con lo primero que pillaba. Había cambiado mucho mi forma de vestir. Cambié la ropa formal, las faldas y vestidos apretados por ropa ancha, vestidos largos de flores, camisas blancas que triplicaban mi talla, sombreros grandes y diademas de colores, y me encantaba ir descalza. Si mi madre me hubiese visto, no me habría reconocido.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué ha sido de ella? —seguramente me diría—. ¿Dónde han quedado los vestidos, los tacones y el maquillaje? Tu imagen.

—Esa ya no soy yo —probablemente le respondería. Porque era verdad. Esa chica que era su hija ya no estaba, ya no existía. Estaría enterrada en algún lugar del universo o divagando por él sin rumbo.

Llevaba viviendo en Lierna ocho meses. Es fácil hacerse a ella. O ella a ti. Y no ha habido día que me haya arrepentido de haber acabado allí. A veces echaba de menos a Catalina, o a mamá y papá, pero estando donde estaba todo iba a ser mejor, más fácil para mí y para todos. Al principio pensé que la razón por la que me había ido era por los demás, pero no.

Joder, era por mí. Tenía que hacerlo por el bien de todos.

Antes de irme a trabajar cada mañana, pasaba por la panadería del centro donde trabajaba Carina, una mujer de lo más encantadora, con su hija. Ella conocía a mi abuela y, desde que había llegado al pueblo, me había tratado como a una hija. En realidad, todo el mundo lo había hecho. En Lierna todos se conocían entre todos y mi abuela era bastante conocida cuando vivió. Muchas veces me cuestionaba lo mucho que habría cambiado mi vida si hubiese tenido una estrecha relación con mi abuela y Lierna hubiese formado un gran papel en mi vida desde pequeña. Claro que todo lo que viví cuando me mudé no habría sido lo mismo.

¿En qué lugar habría acabado? No lo quería ni pensar, porque si no, no habría conocido a todas las personas que conocí, no lo habría conocido a él y todo lo que me enseñó. Todo lo que me llevé grabado no solo en mi corazón, sino en la piel. Me pregunto muchas veces quién determina nuestro destino, nuestro lugar en el mundo, el rol que desempeñamos a lo largo de nuestra vida, porque si algo he aprendido es que es

tan imprevisible que no merece la pena esperar algo ni tener expectativas.

Porque si algo tiene que pasar, pasará. Y lo que no, también.

CAPÍTULO 3

Quando ho incontrato l'arte

Cuando conocí el arte

Trabajaba en Galleria di Fiori, una galería de arte en el centro de Lierna. Iba en bicicleta porque la casa de mi abuela —bueno, mi casa— estaba un poco más alejada del centro, en medio de una explanada verde llena de flores con nada más que una casa deshabitada justo al lado y poco más.

La galería era mi vida, era el trabajo de mis sueños. Pasaba todo el tiempo que quería trabajando y no trabajando, creando obras que servían para contentarme el día, para volver a recordar día a día lo enamorada que estaba de la pintura y del arte en sí. La sensación de coger un pincel con mis manos era una descarga de energía bonita que no había sentido con otra cosa en mi vida.

Estudí Bellas Artes. Bueno, lo cierto es que no terminé la carrera a falta del último año, en el que todo se complicó un poco, pero podría decir que sentarme frente a un lienzo en blanco era como mirar el mar en toda su tranquilidad o estar con los ojos cerrados y sentir la brisa rozar tus mejillas y el olor colarse por tus fosas nasales. Te sientes atrapada por una serie de estímulos inexplicables que adoras sentir en tu piel, en el pecho. Y te revoluciona el alma.

Que tu pasión se convierta en un trabajo fue algo que siempre quise desde que veía a mi padre trabajar de arquitecto, su pasión desde que tenía trece años. Por eso, cuando llegué a Lierna y me topé con la Galleria di Fiori —un local luminoso en pleno centro del pueblo, en una calle estrecha de suelo de piedras grisáceas que desembocaba al lago—, no pude evitar quedarme fascinada por la belleza. Numerosos cuadros se exponían en el escaparate y el exterior

del local, captando la atención de cualquier transeúnte. Daba igual que fueras un turista o un habitante del pueblo, todas las personas se detenían a diario y se adentraban en el interior de la galería, que tenía cada centímetro decorado con cuadros llenos de arte.

La primera vez que escuché la palabra «arte», no sé cuántos años tendría, solo sé que me gustó cómo sonaba y más tarde tuve claro que yo quería ser alguien que hiciera arte, una artista.

Conocí a Giovanni cuando atravesé las puertas de la galería, asombrada por tanta belleza, uno de mis primeros días en Lierna. Un tipo de unos sesenta años que llevaba unas enormes gafas ochenteras que dificultaban identificar la forma de sus ojos. Él levantó la cabeza cuando me vio entrar.

—Perdone, ¿este es un Luccio?

—¿Cómo ha dicho?

—Este cuadro. —Lo volví a señalar—. Es un Luccio, ¿no?

Giovanni se quitó las gafas y unos pequeños ojos marrones saltaron a la vista. Por supuesto, en aquel momento no tenía ni idea de cómo se llamaba ni de que aquella galería de arte se iba a convertir en mi refugio.

—¿Cómo lo sabe? —Arrugó la frente acercándose a mí.

—Soy una simple fanática.

—¿De veras?

Y dirigió su mirada hacia mis manos. Me quedé un poco extrañada por ese gesto.

—¿Pinta?

—¿Disculpe?

—Usted pinta, ¿verdad? —afirmó.

—¿Tanto se nota?

—Sus manos.

—¿Qué les pasa?

—Tiene manos de artista. Están desgastadas, pero de una forma elegante.

Me miré las manos, sorprendida. En mi vida nadie me había dicho algo así.

—Me llamo Giovanni.

—Encantada, soy Alex, y permítame decirle que tiene la galería de arte más bonita de Italia.

—Muchas gracias, niña. —Con el tiempo, me iría acostumbrando a que me llamase «niña» a pesar de tener veintidós años.

Seguí mirando mi alrededor embobada y entonces me vino un destello de luz que se convirtió en una impulsiva idea.

—Perdone, no necesitará usted ayuda en la galería, ¿verdad? Soy nueva en el pueblo y ando en busca de tra...

—Contratada.

No me dejó acabar la frase.

—¿Lo dice en serio?

Se me aceleró el corazón y me quedé sin aliento.

—Empiezas mañana a las diez. De momento, estarás a media jornada.

No me dejó contestar, sino que se dio la vuelta y atendió a otro cliente.

—Ah, y trae tus colores y lienzos por si quieres dibujar algo. Me apetece tener algo diferente de cara al otoño.

Y así fue como me quedé inmóvil en la puerta de la galería, un lugar que se iba a convertir en mi segunda casa. ¿O podría decir primera? Pasaba el doble de tiempo ahí que en casa de la abuela.

En ese momento me pregunté desde cuándo las cosas sucedían tan deprisa. ¿O es que yo no había hecho nada para que fueran a ese ritmo hasta ese entonces? Llevaba tres días en Lierna, mi interior estaba hecho pedazos y de la nada, pum, tenía trabajo. En una preciosa galería de arte. No me lo podía creer. ¿Era eso lo que necesitaba en mi vida?, me pregunté a mí misma en ese instante. ¿De verdad necesitaba huir de Milán y cambiar de vida para que oportunidades como esa acudieran a mí?

Pero ¿en serio había sido necesario destrozarme para tomar esa decisión que me llevó a aquel pueblo?

Silencio.

Sí, maldita sea, creo que sí. Porque a la antigua Alex no se le habría ocurrido dejar Milán, a sus amigos, a su familia.

Aquel día sonreí al despedirme de la galería y me tropecé sin querer con una baldosa donde había un grabado de una concha muy bonita y peculiar. El caso es que era la única baldosa de piedra que lo llevaba. Y me lo tomé como una señal. Una bonita señal. Me llevé la mano al pecho, cerca del corazón, de un corazón que estaba hecho pedacitos de alguna manera, y me prometí que iba a recomponerlo fuera como fuese en aquel precioso pueblo.